



PARA TANTO
HORIZO

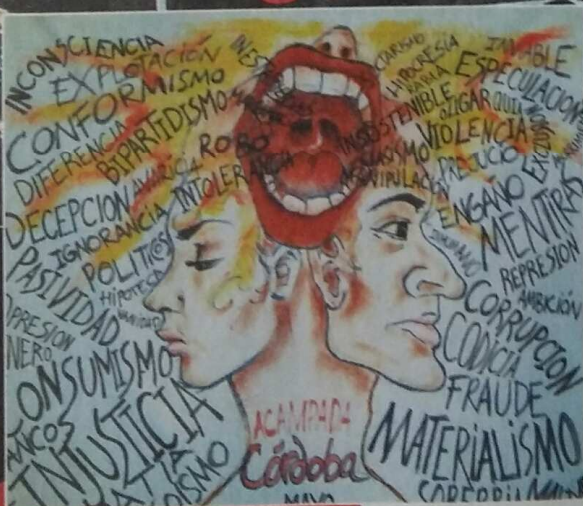
PRÓXIMO
PARADO
QUE SEA UN
DEPUTADO



**2. Suiza,
patria querida
Suiza de mis
capitales...**

Quizá sea interesante y el que pasa en Suiza, ese «paraíso» de convivencia, pulcritud y abundancia de las sustancias que...

Como organizar un Centro sin autoridad



¡Dichosos los Ajos!

Quizá parezcan actuales, pero las citas anteriores tienen sus cuarenta años. Aunque nos recuerden lo que hemos visto en las calles y plazas ibéricas desde 2011, su origen es más remoto: las he seleccionado al azar de algunos números de la primera etapa de *Ajoblanco*, entre los años de 1974 y 1980.



Por Germán Labrador Méndez* -----

Mientras un mundo colapsa, otro está a punto de nacer. Lo dicen las multitudes, los grafitis, las asambleas, sus proclamas en favor de una verdadera democracia. Un cartel afirma que *llevamos un mundo nuevo en nuestros corazones* mientras proliferan en todas partes colectivos artísticos y proyectos autogestionados. Y hay quien afirma que «no es delito ocupar una

vivienda, sino mantenerla cerrada sin habitar», y hay quien la ocupa directamente. Surgen *zines* de poesía, documentales, teatro, centros alternativos, grupos de contrainformación y acampadas. Algunas gentes cuidan de huertos urbanos y otras de huertos solares. Y, aunque la represión policial no desaparece, tampoco lo hacen las pintadas, ni las luchas –barrio a barrio– por las escuelas, los hospitales y el derecho a la vivienda. En Gamonal, la vecindad se organiza frente al capital especulativo y el Gobierno le responde con multas y con cárceles. Ante el aumento de la represión en Madrid, un cartel pide *libertad detenidos*; colocado sobre uno de los leones del Congreso, señala el descrédito de las instituciones representativas. Y es que muchas personas sienten que la democracia ha sido secuestrada por intereses privados. Para rescatarla, lucharán por el uso civil del espacio público, frente a «un Estado que prohíbe o canaliza la discusión en sus plazas, que cierra la boca de su pueblo y quiere construirse con las palabras mudas de quienes le han dado el poder». El diagnóstico es grave: «El sistema democrático se encuentra en crisis» y la ciudadanía «necesita una democracia que reconozca de forma efectiva los

derechos humanos». Si quiere conseguirla, deberá rechazar las falsas «soluciones del tenderete político» y aprender a organizarse. Una utopía les mueve, la de que «es posible vivir gozando en la construcción de un mundo en el que la colaboración de todas las imaginaciones haga posible la solución de los problemas». Para que tal cosa se dé, el de la política no puede ser el «trabajo de unos pocos, de élites intelectuales, como siempre, sino de todos».

Quizá parezcan actuales, pero las citas anteriores tienen sus cuarenta años. Aunque nos recuerden lo que hemos visto en las calles y plazas ibéricas desde 2011, su origen es más remoto: las he seleccionado al azar de algunos números de la primera etapa de esta misma revista, *Ajoblanco*, entre los años de 1974 y 1980. Traigo aquí estos episodios porque su lenguaje nos resultará familiar. Son como primos carnales del 15-M, sus parientes en el pueblo del ayer. No es casual que ahora, mayo de 2017, el *Ajo* comience una nueva andadura: es algo, creo, que tiene que ver con un diálogo histórico más amplio, que está en la sociedad y que conecta preguntas y respuestas del presente y de los años setenta. Como en una caja de ecos, en las páginas de los *Ajos* de ayer y hoy resuenan demandas colectivas en favor de la dignidad democrática, la autonomía ciudadana y la revolución cultural. Demandas que fueron pronunciadas en las plazas: en las de esta década y en las de hace cuatro.

Es lógico. Si ya es difícil hoy creerse el cuento de la transición (érase una vez un dictador muerto, un monarca honrado y un gobierno bueno, quienes convocaron

LA DEMOCRACIA POR VENIR Y EL PASADO DE AJOBLANCO

unas elecciones, haciendo felices a los ciudadanos a partir de entonces), en directo era aún más difícil pues se hacía evidente que, a pesar de la muerte del sátrapa local, las limitaciones en el ejercicio de las libertades solo podrían superarse por medio de la acción directa de la sociedad civil. De ello nos hablan los ejemplos anteriores, de la existencia durante la Transición de una democracia más formal que efectiva, de la desconfianza ante unas instituciones lejanas y corruptas, frente a las cuales solo cuentan la autoorganización ciudadana y el potencial emancipador de una cultura antiautoritaria, participativa y rupturista.

En estas coordenadas se establecen afinidades poderosas entre la *lengua indignada* del presente y las razones *ajoblanquistas* de hace cuarenta años, si las hacemos conversar en el túnel del tiempo. Porque en ello consiste una historia al servicio de la democracia, en un diálogo con el ayer, una tertulia con los espíritus de las utopías pasadas, una suerte de sesión espiritista a la que acuden y nos convocan ciudadanos que nos antecederon. En esta *ouija*, sus palabras hablan de nuevo por medio de las nuestras, aun desconociéndolo, pues esta conversación existe, queramos tenerla o no. Solo nos ha correspondido dilucidar sus términos, porque

yen. Saberlo es un modo de comenzar a tomar conciencia de sus formas, con la fascinación y el terror con que descubrimos en el espejo detrás de la propia imagen, de la cara de cada día, todos los otros rostros que en realidad la componen.

1. Un viaje de Ajo

Como todo en esta vida, el de la memoria es un trabajo, necesario si queremos que nuestra conversación con el pasado no sea unilateral, que no suceda únicamente desde el ayer al hoy. Hablar al pasado consiste en desvelar cómo nos habita y cómo no, pues de ese ejercicio surge la posibilidad de re-apropiarse, de acceder de otro modo a aquello que nos hizo —o que nos deshizo— en los sentidos más profundos y cotidianos de la vida, en nuestras expectativas, creencias y palabras, en nuestras definiciones de lo posible y de lo deseable. La conciencia respecto de la historia que nos habita resulta aún más vital a propósito de tradiciones interrumpidas, de pasados olvidados y continentes sumergidos en el ayer. Y es que la memoria de las derrotas, de las pérdidas, habita en lo profundo, como la mezquita dura en la catedral que la reemplaza, como el agua duerme al fondo del aljibe. Son metáforas viejas, pero justo por eso importan. La memoria fue siempre un trabajo, como sacar agua del pozo.

Y las palabras tienen sus propios planes. Esta revista no se llama *Porrusalda* ni *Vichyssoise*, se llama *Ajoblanco*. Con ese nombre acuden decires y saberes de los años setenta y un pasado (se) re-vuelve, el de otra transición alternativa, una donde hubo pocos consensos pero muchas ilusiones y esperanzas. Reflejados en sus aguas antiguas podemos descubrirnos hoy en un rostro extraño, en el de unos ciudadanos de los años setenta, entusiastas ante la *democracia por venir*, sobre la cual escribieron prolificamente. Qué diremos al leerles sino «¡Dichosos los ojos!», porque tal vez nos llene de alegría reconocernos en aquel pasado, en la medida en que podamos distinguarnos en sus ilusiones y utopías. Dichosos los Ajos, el pozo que guarda tales aguas, la memoria, que además de un trabajo, es un viaje o una cita. Una cita secreta con el presente del pasado, como querían María Salgado y Rafael Sánchez-Mateo Paniagua en *Los Dosmiles a dest-Ajo*.

Con el nombre de Ajo viajan los mundos que se soñaron leyendo aquella revista en un tiempo sin internet donde no estaban al alcance de un clic respuestas a muchas preguntas (¿qué música, qué literatura y qué política, qué goce y qué belleza son hoy posibles en tu ciudad y fuera de ella y con quiénes perseguirlos?). Ello explica el cariño de sus lectores de entonces,



UNA OVE HABLA DE REVOLUCIONES Y DE SUJOS DE CLASES SIN RES-
PUESTAS A LA REALIDAD COTIDIANA. HAZER UN OVE HABLA EN LA
CALLE.
Buenos Aires.

KM.0

NUEVO HORIZONTE

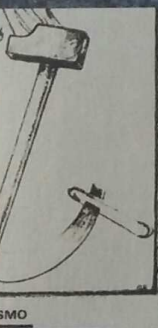
participar en la inteligencia para poder
saltar la censura que pesa como una
losa sobre nuestro cerebro, para que
la gente se dé cuenta del hecho que
puedan y deban atreverse a pensar

**Estoy por una política de
insubmisión total, de la
insurrección permanente.**

por sí mismo. ¿Esta voluntad de auto-
nomía del Ser no sigue el mismo ca-
mino que el discurso tradicional de
los pensadores de la rebelión an-
ti-autoritaria?

—Sí, claro, reconozco sin reser-
vas esta filiación

pasado y presente ya se comunican de modos silenciosos, sin tenernos en cuenta. Y no se trata solo de que nuestras palabras vengán siempre de algún sitio, lo que es cierto, sino de que, además, vienen por algún sitio. Viajan en la historia a través de lo social, por mundos concretos, cargadas de experiencias, de prácticas y vidas. Como las de un rostro, las marcas de la memoria las llevamos encima en el lenguaje, aun cuando no las vemos. Buenos y malos, nuestros muchos pasados nos constitu-



SMO

que la guardaron por décadas: así llegó a mis manos, porque ya estaba en mi casa. No hay que confundir la sopa con el cuenco: la importancia de aquella revista estaba en el mundo que acoge entre sus páginas. Como un planeta en el horizonte de una *democracia por venir*, en *Ajoblanco* se refracta la luz de una época, sus sueños de emancipación y vida buena. Sus páginas son pantalla y documento de una revolución de la sensibilidad que todo lo abarcaba, del trabajo a la sexualidad, de la alimentación a la fiesta, de la poesía al espacio público. Es otra transición la que allí se refleja, la del activismo vecinal, la huelga salvaje, la *amnistía total* y la cultura alternativa, poblada de ácratas e iconoclastas, de nudistas, activistas, documentalistas y comunas. Su variedad y diferencia, sus formas de juntar vida y política, expresaban, a nivel de la calle, la complejidad incesante de un país que, de pronto, se había vuelto ingobernable, porque quería gobernarse por su cuenta.

Testimonio de un mundo en metamorfosis, de sus formas y cambios, el *Ajo* es muy valioso hoy como *cápsula del tiempo*, como un archivo de la imaginación democrática en los setenta. Hay allí un mundo (de colaboradores, amigos, conflictos e intereses) *reflejando mundo* (el de las izquierdas no autoritarias, la juventud vitalista, la ecología y la cultura libre) y, a su vez, *haciendo mundo*, cuidando y expandiendo las formas de vida que acogía. Porque *dar testimonio* parece un trabajo humilde, pero resulta decisivo y complicado como tratar de sostener una verdad mediante los propios actos.

Hay que subrayar que *Ajoblanco* fue una de las muchas revistas entonces asociadas con el mundo libertario. Con los matices propios de cada caso —a veces decisivos— cabe reconocer preocupaciones afines en publicaciones como *Alfalfa*, *Bicicleta*, *Ozono*, *Star*, *Butifarra*, *Vindicación Feminista* o *El Viejo Topo*, verdaderos órganos culturales para la juventud rupturista. A su alrededor gravitaba una galaxia de grupos, asociaciones, fanzines y colectivos ciudadanos. Al margen de lo editorial, el éxito singular de aquel primer *Ajo* se debió a su frescura, a su tono democrático y a sus metodologías de trabajo participativas y abiertas a los lectores. Pero, más allá, la clave estaba en una sensibilidad que logró reunir en una misma atmósfera los muchos mundos extraños y dispersos de la época, aquellos que anunciaban formas de vida nueva y democrática. No fue sencillo, porque dar testimonio es un problema poético, es decir, un problema doble, a la vez de representación y de sintonía. Se trata de lograr, como en la superficie de un estanque, reflejar los sonidos que, al tiempo, te atraviesan. Hay que expresar

su frecuencia e intensidad mientras se vuelven visibles las ondas acústicas que los componen. No es poca cosa para una revista. Vibrar con lo que vibra y reflejarlo. Captar las ondas.

2. Los derechos expandidos de una democracia por venir

Desde el *Ajo*, la democracia se imaginaba no como una sucesión ilimitada de campañas electorales, sino como un proyecto de vida en común, donde la realización individual sería solidaria de la emancipación colectiva. Por ello, aquella juventud se oponía en sus búsquedas no solo a la lógica del franquismo terminal, sino a la del reformismo constitucionalista, que separaba en esferas distintas la vida cotidiana y la política, reservando la gestión de la segunda a una casta profesional. Muchas de las críticas de entonces, hoy son casi de sentido común. Por ejemplo, antes de aprobar la Constitución, ya se rechazaba su diseño unilateral («ellos se lo

La clave de *Ajoblanco* estaba en una sensibilidad que logró reunir en una misma atmósfera los muchos mundos extraños y dispersos de la época, aquellos que anunciaban formas de vida nueva y democrática.



Ajoblanco

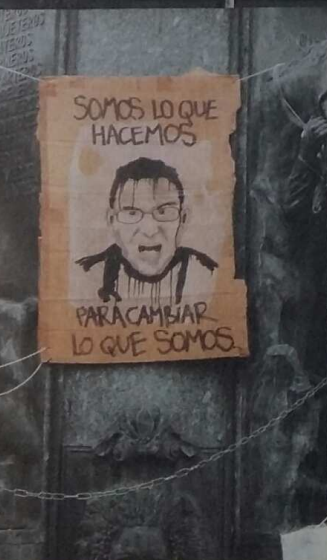


Trascendentales hechos se están produciendo en nuestro país. Ha llegado el momento de trazar libremente nuestra cultura, nuestras alternativas y nuestra propia forma de vida! Pedimos normalización. Pedimos poder salir de nuestras catacumbas para desarrollar y comunicar.

Es fácil, desde arriba, cargar contra los valores que los jóvenes creamos y defendemos progresivamente, para pasar luego a acusarnos de degenerados atentadores contra el orden, la familia, el



Los partidos nos atacan, la prensa nos destroza, pero... Los marginados se rebelan, la base se organiza.



guisan y nosotros hemos de tragarlo»), en el que cualquier tipo de participación ciudadana estuvo vedada («Dos hombres, Fernando Abril y Alfonso Guerra, decidieron hacer personalmente la Constitución y en una cena reescribieron los 50 primeros artículos»), dando como resultado una norma «egocéntrica, impositiva, paternalista, excluyente, productivista, cerrada en sí misma, coactiva, rígida, engreída, policíaca». También se señalaba la ausencia de mecanismos constitucionales en manos de la ciudadanía para el control de los partidos políticos, los verdaderos privilegiados del nuevo sistema. Las elecciones no cuentan: se refutaba —ya entonces— la inexistencia de un «mandato imperativo» para obligar a que los representantes «se atengan al programa que han votado sus electores» y se criticaba la lógica autoritaria subyacente («Los partidos son como padres: todo lo hacen por nuestro bien y aunque hay cosas que no entendamos hemos de suponer que son buenas»). Por su carácter fuertemente *partitocrático*, el nuevo régimen nacerá con importantes lastres. Y es que

—a la vista está— no es posible crear una ética democrática a través de estructuras que no lo son («[en el Artículo 6] se dice que los partidos deben ser democráticos en su funcionamiento, [pero] todavía no ha nacido el partido que sea democrático, como no han nacido los constructores que no especulen»). Aunque lo olvidamos una y otra vez, importa no disociar los medios y los fines.

Hoy sabemos que lo mejor de aquella constitución eran las partes que nunca se han cumplido, como el famoso Artículo 47 y su derecho a la vivienda, pura poesía legal. Las zonas de la Carta Magna que sí *se han hecho mundo* son —en lo fundamental— aquellas que legitiman el ejercicio de un poder estatal-nacional, vertical y autoritario. Y es que el problema de la máxima norma tiene que ver con ese desplazamiento de la *garantía al ejercicio*. Por eso, a la altura de 1978, desde la contracultura, se invertían los

términos cuando se *poetizaba* sobre los derechos democráticos. Por eso se pensaban más como *prácticas* que como *declaraciones*, más como *haceres* que como *decires*. Para un constitucionalismo ciudadano, la cuestión decisiva en materia de derechos consiste en inventarlos y, en consecuencia, en las páginas de *Ajoblanco* se habla mucho de libertad de reunión, asociación y expresión, pero no solo. La imaginación *ajoblanquista*, además de orientar las luchas en direcciones tan concretas como la liberación de Els Joglars o de la recuperación de los carnavales, era inspiradora en relación con la construcción de un mundo mejor. Su propósito era trabajar para que «algún día el sistema occidental llegue a ser algo con pies y cabeza» y, para ello, se reclamaba el ejercicio de lo que podemos llamar *derechos expandidos*, que aquí enumero en cuatro grandes bloques. Primero, *el derecho a la ciudad*, que implica, entre otros aspectos, el derecho a la gestión común de los espacios públicos, a la libre producción de información (mediante pintadas, radios libres, prensa marginal, etc.), a la felicidad urbana y la vivienda, al replanteamiento de las actuales relaciones entre naturaleza, capital y urbe (mediante el uso de energías limpias, bicicletas, circuitos de alimentación natural y construcción de parques —pues «los árboles son de izquierdas»—). En segundo lugar, *el derecho a la belleza* y, con él, «al arte como herramienta para la vida», que sirva para «nombrar el futuro con poesía» y crear un «país de millones de poetas», el rechazo a la «apropiación privada» de la cultura y la lucha por su democratización, la socialización del cine y de las filmotecas, de los libros y la lectura. El tercero de esos grandes *derechos expandidos* sería el *autogobierno de los cuerpos* y, con él, el rechazo de las disciplinas existentes (policiales, militares, carcelarias, laborales) y la defensa de la revolución sexual, el aborto, la discusión de los modelos de familia, crianza y educación, el cuestionamiento de las relaciones entre género y sexo, la lucha contra las estructuras de *peligrosidad social* (al grito de «yo también soy travesti») y el rechazo a la contaminación, la militarización y la destrucción del medio ambiente, porque solo estableciendo una nueva relación con la naturaleza podrán los cuerpos emanciparse de las violencias que hoy los articulan. Por último, la poética *ajoblanquista* defendía *el derecho a la memoria y a la utopía*, es decir, a la comprensión de que nuestras existencias individuales y colectivas solo se pueden dar en un incesante —y siempre interrumpido— diálogo entre los sueños del pasado y las vidas del presente, lo que es como decir entre las utopías actuales y los mundos por venir.

Han pasado cuarenta años desde que fue

aprobada esta otra carta de ciudadanía, esta constitución poética. De sus devenires y derrotas, habría mucho que hablar. Pero si hoy los planteamientos de aquel primer Ajo pueden resultar ingenuos, sus promesas y utopías aún nos habitan. En muchos casos son como imágenes pendientes de una *democracia por venir*, en otros participan de una sensibilidad compartida, una frecuencia común en los afectos, que nos sigue constituyendo como ciudadanos sin polis, habitantes de una región política aún sin su lugar, sin *topos* todavía, en favor de la cual trabajaron los viajes del Ajo en el pasado y ojalá sigan trabajando en el presente.

3. Coda: Ajoblanco y utopía

Estas palabras mías son un acto de cariño –todo acto de cariño es una puesta en valor– hacia un legado común. Y no solo por lo que fue en sí, sino por lo que representa, por los mundos que contiene y a los que dio voz, por la carga de dignidad colectiva que viaja a través de ellos. Pero también es necesario reconocer el tiempo que ha pasado por el medio. Porque, en muchos aspectos, nuestro mundo tiene poco que ver con aquel donde surgió el primer Ajo. Y es que mientras la dictadura evolucionaba hacia una monarquía parlamentaria, una transición más amplia tenía lugar globalmente. Hablo del gran desplazamiento de la economía *fordista* –basada en la producción industrial, el Estado-nación, el trabajo asalariado y la división entre lo público y lo privado– hacia ese otro modelo que llamamos *neoliberalismo*, donde la financiarización y virtualización de la economía y de la vida cotidiana animan la existencia de conglomerados transnacionales y nuevas formas de subjetividad globalizadas. Desde ahí, desde esa otra transición, debemos preguntarnos hoy colectivamente cómo actualizar nuestras prácticas utópicas.

Aquel primer Ajoblanco era un grito desgarrado en favor de «una revolución poética, un vómito, una vitalidad creativa que nos lleve a la ruptura». Pero ¿cómo renombrar aquel mandato hoy? ¿Qué significa ahora *romper*, y con qué es necesario romper ahora, cuando ya todo está tan roto? ¿Qué podría ser una *revolución poética*, cuando la *vitalidad creativa* define, precisamente, las formas de extracción de valor y de producción de deuda (financiera, ecológica, social...) características del capitalismo tardío y de su *temporalidad de crisis permanente*? Nuestro diálogo con la utopía tiene que hacerse cargo de mutaciones y desplazamientos estructurales. Así, frente a la represión sexual que caracterizó al franquismo, en el presente el régimen erótico dominante es la exposición porno-política. Frente a

los viejos deseos de emancipación farmacológica, nuestra *demanda de arrebatos* hoy se organiza a través de dominios clínicos, mercadotécnicos, cibernéticos y narco-políticos, con su caudal global de muertes. Si hace cuatro décadas, aquel Ajo quería romper con el aislamiento individual para crear un mundo mejor gracias a la comunicación libre, está por dilucidarse el significado de tales términos –soledad, comunicación, libertad, mundo mejor– en una sociedad hiperconectada. Y, ya que estamos, habrá que demostrar las potencias de una revista de papel en plena era digital. Si en los setenta, viajar era una forma decisiva de extrañamiento de los propios valores y la comuna representaba una alternativa a la familia heteropatriarcal, ¿qué significa desplazarse y cohabitar en tiempos de turismo de masas global, homologación urbana, gentrificación, *airbnb* e hipotecas basura? ¿Cómo pensar hoy una utopía que no sea la del capital financiero, la de la deudocracia y su triunfo? ¿Cómo nombrar un futuro que no pase por la vigilancia global, el terrorismo corporativo y el necro-gobierno?

De estos (y tantos otros) desplazamientos da algunas pistas la segunda etapa del Ajo (1987-1999). Comprenderlos es importante para concebir formas de cultura y de utopía en favor de un futuro en común más allá del apocalipsis del cambio climático y de la crisis diaspórica. Para ello contamos con aliados antiguos: voces, tiempos y mundos del ayer que hoy nos acompañan. Si nos concentramos, podremos sentir su cercanía. Captar sus ondas. Al fin y al cabo, lo que llamamos futuro no es sino una particular intensidad de los afectos en el aquí y ahora, intensidad de la cual nace la determinación de prolongar en el tiempo un lugar imaginado en el presente y así extender su habitación porque nos dignifica. No es poca tarea. Cabe desear, desearnos, mucha suerte cada vez que la retomamos. //

Desde la contracultura de Ajoblanco, se invertían los términos cuando se poetizaba sobre los derechos democráticos. Por eso se pensaban más como prácticas que como declaraciones, más como haceres que como decires.



	1999	2011
- UN CAFÉ	80 pts	1'20 € (€200pts)
- BILLETE RETRO DE 30 MESES	640 pts	9'90€ (€1800)
- ida TREN CATOS	320pts	4'80€ (€800pts)
- 4L DE LECHE	80pts	0'80€ (€140 pts)
- 1 kg TOMATES	120pts	2'40 € (€400pts)
- 1 BARRA PAN	25 pts	0'60€ (€100 pts)
- LIBRO CHUCAS 4º DE ESO	4.200pts	35 € (€6000pts)
- ALABIERA INSTRUCCIÓN	30.000 pts	4'00€ (€65.000 pts)
- PISO 90 M²	1'800.000pts	300.000 € (€50.000.000pts)
CON EL EURO NOS LA METIÉRON DE VERAS (SON X4 MÁS RICHAS)		
- MI SALARIO DE CAMARERO	145.000 PTS	900€ 150.000€

* Germán Labrador Méndez

Es profesor de estudios culturales en la Universidad de Princeton y autor de *Culpables por la literatura. Imaginación política y contracultura en la transición española (1968-1986)* (Akal, 2017).

